

“VIS, METUS, DOLUS”

«No todo daño es injuria».
ROSMINI.

I

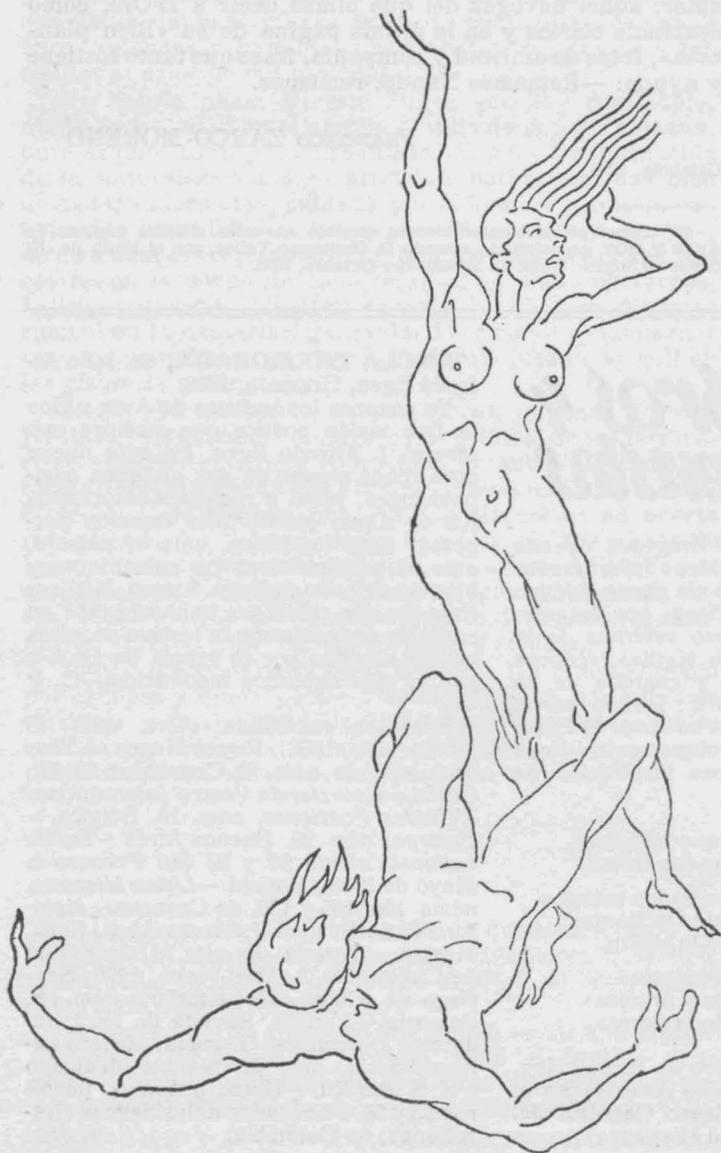
La amistad, la influencia, la afectación, la novelaría, han creado una serie de prestigios infundados —al menos, en el sentido e interpretación que se han dado a las posturas adoptadas por ciertas figuras representativas—. Estamos hartos de tanta valoración falsa, pero con sinceridad debemos reconocernos importantes ante la perfecta labor realizada por los reyes del elogio y los artistas del adjetivo.

Creemos innecesaria toda revisión de la actual escala de valores, por cuanto a la larga *suum cuique tribuere*. Sin embargo, sería una experiencia curiosa, aunque para ello tuviéramos que abandonar ese último escalón que, con falsa humanidad, reconocemos ocupar: no nos importaría descender al sótano, porque tenemos la seguridad de que estaríamos muy acompañados. Lo único que nos desagrada es la probabilidad —casi certeza— de que el sótano fuese más bien cripta o sentina. Padecemos una cierta alergia a los olores concentrados, aunque procedan de esencias de alto precio.

II

Y va de cuento:

Erase una vez un grullo —hombre de buena voluntad—. Y érase al mismo tiempo un adolescente —hijo de un afamado intelectual—. El muchacho, en un momento de «buen humor», tronchó un arbolito.



Y el grullo vió, pensó y denunció la incivildad con estas palabras:

—Fulano, hijo de Zutano, ha arrancado un árbol —una acacia— en tal sitio.

Zutano, llevando en una mano el diccionario de la «Real» y en la otra el texto que contenía la letra de la Ley —ante la comprensiva sonrisa del oidor de turno—, con su perfecto dominio del vocabulario, demostró la inocencia de su hijo, con estos términos:

—En tal sitio, no hay árboles, sino arbustos. Y si no hay árboles, no puede haber acacias, y por lo tanto no se pueden haber arrancado. Tampoco ha podido mi hijo arrancar cualquiera otra variedad botánica, puesto que los restos de plantas que existen en aquel lugar, muestran claramente que su destrucción se llevó a cabo por corte o tronchamiento.

Y como para algunos la verdad consiste en hablar con propiedad, Fulano continuó teniendo «buen humor», Zutano siguió cincelando sus frases, y el grullo, tras de beberse un vaso de agua fría, fué a que le recetasen unos quevedos contra el astigmatismo, porque el pobre hombre era un poco anticuado y tal...

III

Generalmente, todo hombre prefiere ser, a estar; no obstante, hay algunos que prefieren invertir el orden de los términos. Son aquéllos que atacan todo «debe ser» absoluto, por lo que pueda coartar la libertad del hombre, al mismo tiempo que pretender imponer la continua realización de ciertos «puede ser», en aras de ciertos «inmutables» principios racionales. ¡Estos son los apóstoles de la transigencia! ¡Oh, manes de la santa intransigencia!

Son los mismos que afirman:

—Para mí la Ley, para ellos la justicia; y si la Justicia es conmigo, para ellos la Caridad. Frente a toda virtud social, la legalidad; y frente a la legalidad, todo principio racional.

IV

He aquí un ejemplo de liberalidad, comprensión, transigencia intelectual, educación y otras muchas cosas más:

Una cierta personalidad —tetraédrica— tiene la generosa costumbre de regalar a un servidor suyo una serie de libros que desecha, para que se beneficie con su venta. Y algunos de estos volúmenes fueron vendidos al peso «como papel viejo». Buena parte de estos libros llevan amistosas dedicatorias de sus autores —la mayoría de ellos vivos todavía y poseedores de un prestigio mundial—. Algunos de estos tomos, ni siquiera tienen cortadas y abiertas sus páginas.

¡Estaría bueno que nuestro hombre hubiera descendido hasta el extremo de conservar o leer unos libros, cuyos autores no son más que ministros, embajadores, catedráticos o afamados doctores! ¡Pues no faltaba más!

V

Toda esta palabrería viene a cuento, por cuanto hemos vuelto a recordar, sin saber por qué, una frase que hace más de dos lustros conocimos a través de un tercero:

«Cuando dentro de algunos años, en las Universidades europeas se explique que un hombre como Benedetto Croce ha podido influir en el pensamiento de su patria, los universitarios no podrán por menos de reírse a carcajadas».

El autor del anterior juicio es el catedrático don Santiago Montero Díaz.

Dejemos para otra ocasión el comentario de las actividades de Benedetto Croce, y de los muchos Croce que hay en España, aunque eso sí, debemos reconocer por anticipado, que tienen mucha más categoría para «todo» que don Benedetto.

Nosotros, personalmente, de entre tantos Croce, preferimos a Julio César della Croce, autor de «Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno».

Por otros muchos, firma estos renglones:

FERNANDO ESPEJO